

GALERÍA DE PERSONAJES POSMODERNOS (Cartas indiscretas para lectores inteligentes)



MANUEL SOLER PALÁ, MM.SS.CC.
Director de Comunicación del Santuario de Lluc (Mallorca)
y profesor del Instituto Superior
de Ciencias Religiosas de Barcelona

El autor escribe seis afiladas misivas a otros tantos personajes imaginarios que encarnan algunos de los principales contravalores de la denominada posmodernidad. Sin embargo, sus reflexiones en voz alta no solo se dirigen a cuantos hacen de la subcultura televisiva o del papel cuché su modo de vida, sino a quienes consumiendo estos subproductos fomentan actitudes tan alejadas del ideario cristiano y un compromiso ciertamente *light* con la realidad que les rodea.

Entre lo frívolo y lo trivial

El malvado se aplica a hacer el mal, que por algo es un sinvergüenza, pero de vez en cuando se da un respiro. El frívolo ejerce de forma permanente, sin concederse tregua. Para él la vida nada tiene que ver con el compromiso ni con valores u objetivos que valgan la pena. Presto a cazar al vuelo cuantas ocasiones se le ofrecen, malgasta sus días lastimosamente.

Por ahí pululan personajes de dudosa reputación y sin oficio conocido que, sin embargo, arrastran una retahíla de periodistas y camarógrafos siguiendo la pista de sus gestos hueros y sus palabras vacías. El hombre o la mujer *light* se pasean con la sonrisa en los labios. Es muy educado o educada, además, aunque no cree que nada valga la pena. Si acaso, hace excepción de aquello tan viejo que reza así: “Comamos y bebamos que mañana moriremos”. Con gesto pragmático, aboga por el relativismo moral y metafísico. Ellos se mueven como hormigas en nuestra sociedad, van de un lado a otro sin plantearse el porqué.

Se diría que el individuo huero y fútil trata de llenar su propio vacío con cacharros inútiles. Con lo cual no apacigua la vaciedad de su interior. Obtiene su información leyendo revistas frívolas que tratan de amoríos y marqueses. Los espectáculos a que asiste son insustanciales. Sus metas apuntan hacia la velocidad y el ocio. Personajes de corazón tan huero como sus valores, sin opciones ni metas, están destinados a ser alojados en la galería de personajes frívolos, vacuos, volubles y triviales.

♦ AL TELEADICTO

Apreciada amiga teleadicta: cuando enfilo por algún callejón de cualquier barrio marginado, compruebo que los barracones más miserables alojan un aparato de televisión. Una antena renqueante lo anuncia con antelación al viandante. Este aparato ha invadido

las viviendas de los más pobres, como bien sabes, y la tuya no es excepción. Ofrece, con dosis de subido cinismo, un mundo imaginario de consumo y éxito. Tú sigues y persigues la magia de las imágenes de la pantalla. Especialmente, estás al acecho de las telenovelas, cuyas escenas observas compulsivamente desde un sofá escuálido y deteriorado.

Las imágenes del televisor te transportan a mundos fantásticos. Galanes perfumados, de cabello vigoroso y figura atlética. Muchachas radiantes, de ojos azules y vestidos gaseosos. Entre nubes y esplendores surgen paisajes de maravilla. Permaneces estática ante la pequeña pantalla. Acabas viendo a los protagonistas con los mismos rasgos con que te ves en el espejo. Proyectas en galanes y doncellas los retazos de ilusiones que albergas dentro de ti.

Abundantes roedores incursionan en el habitáculo y los malos olores lo asaltan por los cuatro costados. Ello no obsta para que viajes a lomos de la fantasía y huyas del mundo que te atosiga y oprime desde el despertar matinal. Así escapás de los niños molestos, los perros que ladran a deshora, los borrachines de lenta y difícil resaca.

Pretendes ser protagonista de unas historias que no son las tuyas. No

acabas de delimitar el reino de los sueños de la dura realidad de cada día. No sabes apearte a tiempo de tu mundo irreal. Por supuesto, te lo digo con todo el cariño y el respeto que mereces. Con la solidaridad que engendra el dolor compartido. Con la pena de asistir a una tragedia: la del robo de tu lenguaje y tu cultura, la del secuestro de tu memoria por parte de la televisión.

Con espectáculos narcotizantes, por lo demás, no colaborarás en la construcción de una sociedad más justa. ¿Por qué no militas en las filas de los luchadores de la libertad, de quienes tratan de conquistar un pedazo de la felicidad que se les niega? Sí, las filas de aquellos que se reúnen en asociaciones de vecinos, en Comunidades Eclesiales de Base, en grupos de reflexión y de derechos humanos.

Soñar un poco puede incluso ser saludable para no quedar aplastados por el peso de la dura realidad de cada día. Pero no hay que fantasear hasta el punto de que se paralicen los brazos y se embote la mente. Es necesario encontrarse, luchar, reflexionar y orar para que el futuro de los hijos no siga encadenado al televisor.

La televisión te entretiene y te subyuga a ti, como también a sectores de clases medias y pudientes. Por



otra parte, es posible que, como otros pobladores de tu barrio, no dispongas de otro canal de información que el canal de televisión. Los varios canales, para ser precisos.

Reflexiona sobre el hecho de que la pequeña pantalla modela la conciencia de los televidentes en un elevado tanto por ciento. Hay motivo para preocuparse ¿Has reparado en que la tarea asignada a la mayoría de programas consiste en conquistar amplios sectores de audiencia? Dirás que resulta obvia una tal pretensión. Todo programa se elabora para que el público lo prefiera, cuanto más numeroso mejor.

Pero se da el caso, amiga, que el programa no se elabora en vistas a ser visualizado sin más. No. Una vez ganadas las audiencias, se venden luego estas (aunque ellas no se enteren) a los anunciantes de jabones, alcoholes varios, perfumes y demás productos. De ahí que interese sobremanera empujar a la gente ante el televisor. De la tarea se ocupan poderosos cerebros y se invierten sumas millonarias. Los señores del *marketing* saben sobre el particular.

Sorprendente que el esfuerzo conjuntado de los camarógrafos, maquilladores, encargados de la vestimenta, la decoración y la iluminación vaya a parar finalmente a los bolsillos de los avispadós vendedores de productos varios. Y, más si cabe, que la inteligencia y la estética de los mezcladores de imagen, editores y directores de grabación cooperen para que las cuentas corrientes de los mercaderes exploten de buena salud.

Todo este trasfondo, estas derivaciones, quizá te pasan inadvertidas, pero la meta que últimamente se impone con furor consiste en superar a la competencia. Hay que suscitar impresiones y propiciar comentarios, hay que subir el *ranking*. El camino más fácil se sabe desde hace tiempo: el sexo, la violencia, la chabacanería. No se conoce maquinaria más efectiva a la hora de subir los gráficos de audiencia.

Quienes tienen responsabilidades sobre el producto televisivo deberían pesar en la balanza si vale la pena aumentar los ingresos a costa de embrutecer al personal. Caso de dar una respuesta afirmativa, habrá que concluir que su corazón está supeditado a su cuenta corriente. Con lo cual proclaman su insignificancia e indignidad. ¿Qué cabe esperar de semejantes individuos? Su destino es el de desembocar en la galería de personajes frívolos y volubles.

♦ AL SIMPATIZANTE DE LA NUEVA ERA

¿Sabes amigo posmoderno cómo se formula uno de los últimos refranes de carácter religioso que andan por ahí? Suena así: “Religión sí, Dios no”. ¿Ganas de incordiar? ¿Mero cinismo? Tiene su miga el asunto. Eres una persona instruida y sabrás, por tanto, que se cumple más de siglo y medio desde que **Feuerbach** pretendió rematar definitivamente a la religión con su teoría de la proyección psicológica. Hemos sobrepasado el siglo desde que

el genial y demencial **Nietzsche** diera a Dios por muerto. Pues bien, muchos ciudadanos, cuando el huracán del secularismo parecía haber arrasado toda planta de raíz religiosa, añoran el discreto perfume de la religión.

De la religión o sus sucedáneos, compañero. Tú eres buen ejemplo de ello. Te interesa la literatura sobre el tema. Los medios de comunicación no desdeñan abordarlo, al contrario. Las estrellas del espectáculo confiesan sin tapujos su pertenencia a la Nueva Era, su afición por las músicas ecológico-emocionales y la aromaterapia. Si no es exactamente verdad que la religión vuelve a estar de moda –y me refiero particularmente a la situación de los países más desarrollados–, al menos no es un fenómeno agonizante, ni una reliquia de tiempos periclitados. Tu testimonio me impide mentir.

Te digo que **Pascal** vuelve a tener razón: “El hombre sobrepasa infinitamente al hombre”. La demanda religiosa arraiga en el más genuino humus de la humana naturaleza. Sin embargo, no canto victoria precipitadamente. Mucha gente quiere inhalar los vapores de la religión, siempre y cuando sean suaves y placenteros. Sabes bien que es así, y lo sabes por propia experiencia. Nada quieren saber de sobresaltos ni de que algún exabrupto les corte la digestión. A Dios se le acepta si no molesta mucho, si se contenta con permanecer en la habitación trasera.

Los posmodernos estáis dispuestos a echaros en brazos del dios que ofrezca mejores condiciones. Bien está una moderada dosis de trascendencia, puesto que el misterio nos desborda por todas partes. Los cinco sentidos nos permiten olfatear, observar, tocar las maravillosas creaturas de nuestro mundo. A poco que se pondere, tales capacidades dan pábulo a la admiración y también al desconcierto. Mirar, pensar y soñar es algo manifiestamente asombroso. Que los colores se apoderen de las nubes, que estas adquieran formas caprichosas y al atardecer brillen en el ocaso es causa de estupefacción.

Estoy contigo en que habilitar un espacio para la fantasía constituye una

necesidad en el anodino panorama de máquinas, electrodomésticos y tarjetas de crédito con que traficamos día a día. El exceso de praxis, de logaritmos y computadoras exige a gritos el complemento de la perspectiva portentosa, de la maravilla que se cuela en la vida diaria, del pasmo que producen tantos efectos cuyas causas no logramos explicar. Buena falta nos hace una colmada ración de asombro. La literatura que realza los contornos mágicos y surrealistas da buena prueba de esta afirmación.

Es que los datos palpables y verificables no son más que un aspecto de lo real. Las cosas y los fenómenos de nuestro mundo se asemejan a un poliedro de numerosas e imprevistas caras. Es lógico que quieras tomar distancias de la férrea y pretenciosa ley de la razón. Tienes la sensación de vivir en la punta de un iceberg, cuyo volumen se halla sumergido mayormente en un abismo de maravilla e incertidumbre.

Posiblemente te sucede a ti también: se instala un no sé qué de irracional en personas que, por lo demás, viven con lógica estricta en los diversos campos de la vida. No tienen el menor reparo en echar un vistazo a la situación de los astros, ni en interpretar un enigmático orden de las cartas en manos del experto.

Pero de ahí a un Dios que exija compromisos y pida cuenta de los sufrimientos ajenos, hay un trecho excesivo, a juzgar por lo que decís tú y tus colegas. Si Dios se va a meter con

la justicia social y empieza a repartir responsabilidades, mejor no entrar en la ronda.

Amigo posmoderno, queda claro que no estás dispuesto a que te molesten. Hasta ahí podíamos llegar. Todo tu horizonte se limita a sentirse bien, a aceptar tu cuerpo y tu psicología. Si hace falta algún retoque, para esto están los aeróbicos, el *jogging*, el yoga, los gurús y hasta los echadores de cartas. Aquello de que “si has visto a tu hermano, has visto a Dios”, se te antoja de mal gusto. O quizás, sencillamente, no sabes de qué te están hablando.

Marx acertó en su célebre diagnóstico: “La religión es el opio del pueblo”. Acertó, pero en una dimensión insospechada. El hecho es que la religión, a media luz, a media voz, si permanece en unas coordenadas aceptables, si no rehúsa la domesticación, puede tener su encanto. Como el opio, adormece y alivia las penas de cada atardecer.

Comprendo que no van contigo las preocupaciones. No entiendes por qué comprometerse con el vecino, escatimarle tiempo al sueño o compartir tu despensa. Lo tuyo consiste en experimentar la estética de un sol rojizo que se hunde en un ocaso de nubes. Tu corazón es trivial, liviano, tenue, etéreo y *light*. A no mucho tardar se volverá gaseoso y tu pecho quedará deshabitado. Con todo merecimiento ingresarás en la amplia galería de personajes insustanciales, frívolos y volátiles.



❖ AL AMIGO DEL CARPE DIEM

Sin duda estás al corriente, amigo, de que la llamada cultura posmoderna surge como reacción a la modernidad. Y, en contraste con ella, afirma que no existe el progreso, aunque tampoco hable de decadencia. Tú mismo, como tus colegas de ideología, proclaman sencillamente que ni una cosa ni la otra. La historia ha llegado a su término, por cuanto nada hay que esperar. Los acontecimientos se entrecruzan sin sentido ni finalidad.

Un tal planteamiento me lleva a reflexionar sobre la tragedia que debe suponer para ti y los tuyos el hecho de vivir desprovistos de ilusión e ideales. En épocas pasadas los habitantes de nuestro mundo, a mi entender, no eran mejores ni peores, pero sí tenían un “para qué”, más preciso, una finalidad siempre presente en su actuar. Este “para qué” era, en general, de carácter religioso, aunque podía sustituirse por alguna relevante meta de carácter humanista.

Pues bien, amigo posmoderno, hoy en día mucha gente es capaz de vivir años y más años sin preguntarse el porqué ni el para qué. La maquinaria social parece pensada para esquivar la pregunta. Continuamente inventa cosas para frenar o anestesiar los interrogantes más profundos. Ofrece un extenso menú con las diversiones más apropiadas para evitar la reflexión.

Convendrás conmigo que, hasta en los momentos más preñados de interrogantes, como el morir, se las arregla nuestra sociedad para disimular la trascendencia de la situación. Y se le ocurre velar al muerto lejos de casa, en un local blanco y aséptico, ofrecer una tacita de café al visitante, maquillar al difunto para disimular su real estado de difunto. Interesa que no se note la trágica circunstancia.

Huérfano de preguntas e inquietudes, te limitas a dejarte resbalar por la vida. No suscitás interrogantes, no buscas respuestas. Vives, eso es todo. Aunque yo dudaría de que el mero transcurrir de días, semanas y años merezca ser llamado vivir. Quizás habría que inventar un nuevo verbo: “desvivir”. Indicaría con más propiedad lo que pretendo decirte.

¿No crees que a los posmodernos les pasa lo que a los coches? Me explico. Todos ellos tienen una clarísima finalidad: correr, trasladar a sus inquilinos, atravesar campos y ciudades. Pero para llegar... ¿a dónde? Creo que es legítimo tratar de conocer lo que acontece tras el viaje. Después de atravesar autopistas y poblaciones..., ¿qué hemos sacado en limpio de los kilómetros recorridos? ¡Es muy lícito y razonable saberlo!

¿No será que el posmoderno tiende a correr y atravesar paisajes en dirección hacia la nada? Pero entonces no se da otro objetivo que el de correr sin objetivo. Exactamente. Muchos seres humanos parecen hacer del vivir –del desvivirse– la única meta. Convierten lo provisional en definitivo. Empujan uno a uno los días sin interesarse por el largo plazo. Un día salen a comer al restaurante, el otro le regalan una flor

a su esposa, de pronto levantan un negocio de electrodomésticos...

Comprendo, amigo, que empujar un día tras otro, sin apenas horizonte, puede que evite complicaciones, inquietudes y nostalgias. Pero es un vivir más cercano al del animal irracional o al del vegetal que al del ser humano. Y, por favor, no confundas esta actitud con el consejo evangélico que exhorta a no preocuparse por el mañana. Aquí se trata de no agobiarse por el comer y tener, que no de desinteresarse por el sentido de la vida.

Vivir por vivir conduce a la larga a seguir la opinión del clásico *carpe diem*: aprovecha la ocasión. Comamos y bebamos que mañana moriremos. Uno recoge todo cuanto halla al paso. Con avidez caza las oportunidades al vuelo. Tanto es el prurito de gozar y acumular que, paradójicamente, al cabo desemboca uno en la ansiedad y el desasosiego.

No pretendo cambiar tus esquemas mentales, porque lo más típico del posmoderno consiste precisamente en carecer de ellos, pero insisto en que es del todo preciso saber a dónde uno se dirige. Un coche necesita estacionar en un momento dado, como un buque aspira a atracar en algún puerto. Por más bonita que sea la travesía, nadie pone su ideal en vivir en alta mar esperando no se sabe qué ni cuándo. El trabajo cotidiano e inmediato, carente de expectativa e ilusión, pierde su sentido, se derrumba estrepitosamente.

Conoces el viejo mito de Sísifo, el que plasma uno de los mayores castigos que pueda sufrir un hombre, el de trabajar agotadoramente para, de antemano, saber que sus esfuerzos son del todo inútiles. La piedra subida por la ladera



de la montaña, a fuerza de tanto sudor, se despeña con estrépito, una y otra vez, hacia el pie de la misma. Solo que el Sísifo de nuestros días no acaba de ser consciente de la situación.

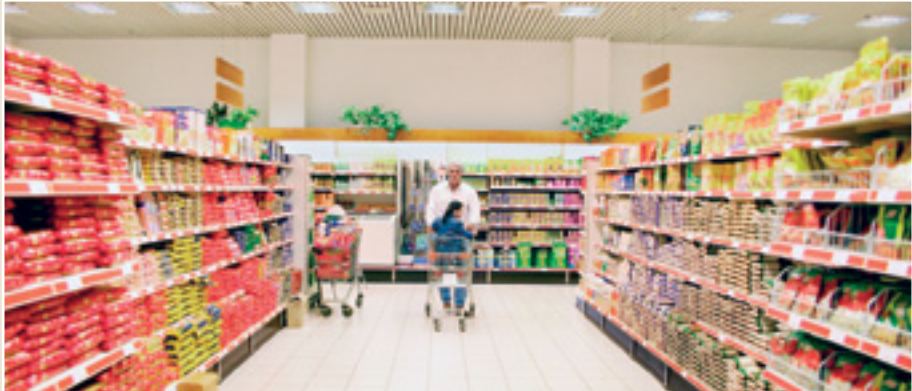
Amigo: un corazón que late día y noche sin saber para qué, acumula frustración. Un día se negará a seguir funcionando. Lo preveía **Teilhard** en sus especulaciones: el día en que el individuo sepa que su tarea no sirve para nada, decretará una huelga de brazos caídos, se negará a seguir viviendo. Un corazón frustrado y desangelado, sin inquietudes ni perspectivas, tiene los días contados. El protagonista de tan anodino e insípido vivir tiene su destino en la galería de personajes desprovistos de inquietudes, veleidosos e inconstantes.

❖ AL SUJETO LIGHT

No eres ajeno, amigo posmoderno, al hecho de que, en los últimos lustros, han escalado la moda –y en ella permanecen– algunos productos apellidados *light*. A uno le es dado comprar tabaco sin nicotina, café sin cafeína, leche sin grasa, galletas bajas en hidratos de carbono, carnes con poca proteína, etc. etc.

El caso es que, junto a estos productos desnaturalizados, también ha surgido un tipo de ser humano rebajado o devaluado. Y cabe tropezar con un hombre o una mujer que “hace el amor” sin amor, opta sin comprometerse, discurre sin decir nada y vive de acuerdo a unos valores que no tienen peso específico alguno. ¿No te suena?

A ti, ciudadano *light*, te interesa todo, pero solo en la fachada. Te gusta estar bien informado y leer varios periódicos; sin embargo, te contentas con los títulos y los grandes recuadros. Accedes a informaciones reservadas y a estadísticas elaboradas con criterio científico, aunque no consigues hacer la adecuada síntesis. De modo que te conviertes en un sujeto trivial, ligero, frívolo. Al contacto con tu carácter, las ideas, los compromisos,



los organigramas se tornan etéreos, volátiles, banales, relativos.

Dado que has presenciado tan numerosos cambios en tan corto espacio de tiempo, como cada día te desayunas con un nuevo invento que te facilita la vida, ya no sabes muy bien a qué atenerte. Cualquier problema espinoso lo despachas diciendo que los tiempos han cambiado, mientras miras a otra parte dispuesto a seguir tu rutina.

Posiblemente, eres un profesional válido y prestigioso, pero, en cuanto interrumpes tu trabajo, flotas en la sociedad como un barco a la deriva. Confundes las ideas, no dispones de una precisa escala de valores. Todo se te antoja indiferente y relativo. Actúas en consecuencia con una gran permisividad. No sabes dónde conviene cerrar un ojo y dónde es preciso abrir los dos, de modo que vives en permanente letargo.

Un gran vacío moral va abriéndose paso en la sociedad *light* y en el corazón de quienes participan de tus ideas. Y es que las grandes transformaciones sufridas en los últimos años –la informática, la democratización en serie, las novedades científicas, la caída del bloque comunista– al principio se contemplan con estupor, pero luego uno acaba acostumbrándose. Más tarde, reacciona con indiferencia, para, finalmente, tomar los datos como hechos inevitables sobre los que vale más no elucubrar.

Así, va tomando cuerpo el hombre *light*. Estos son tus orígenes. A este propósito se ha hablado de pensamiento débil, de convicciones sin firmeza, de asepsia en los ideales, de una actitud que cabalga entre la curiosidad superficial y el relativismo moral. Tu ideología no puede ser otra que la del pragmatismo. Tu norma de conducta te impulsa a adherirte a lo que está de moda. La ética de que echas mano confina y hasta se confunde con la estadística. Tu moral subjetiva pone anclas en aquello que te agrada y satisface.

No te apasionas, pero tampoco te dejas atrapar por la tragedia. Tu cultura es una síntesis sin olor ni sabor, que prefiere los términos comunes, los gustos rebajados, las opciones intermedias, los sentimientos

tenues. Como las comidas sin grasas, sin excitantes, sin calorías. Todo sin riesgo. Naturalmente que no vas a dejar estela alguna a tu paso. Te dejan indiferente los valores, solo alcanzas a cumplir con las normas de urbanidad y a guiñarle el ojo a una estética reconfortante.

Alguien te ha bautizado como el hombre del gran vacío y del ideal aséptico. Y para obrar con coherencia, al caer la noche, te desplomas en tu sillón frente al televisor, te armas del mando a distancia y pasas de un canal a otro para saberlo todo sin tomar partido por nada. Cambiaste los libros consistentes, de preciso contenido, por las revistas multicolores. No crees en casi nada o quizás no sabes si crees en casi nada. Has desertado de todos los valores que exigen esfuerzo y compromiso.

¿Será el plástico el nuevo signo de los tiempos? ¿Será el usar y tirar el criterio y norma de los siglos venideros? ¿Consistirá el perfil del triunfador en adoptar una sonrisa artificial, mostrarse educadamente agresivo y pragmático, para así acumular dinero y fama?

Este cúmulo de hechos y circunstancias, hombre/mujer *light*, erosionan tu persona en sus más profundas raíces. La hacen vulnerable e indefensa. Entonces te conviertes en fácil presa para la manipulación y te llevan de acá para allá. La publicidad te da la puntilla y te convence de que no es importante construirse una personalidad más humana, culta y espiritual. Importa saborear los sentimientos gratificantes generados por el placer y el dinero.

Al individuo *light*, naturalmente, le corresponde un corazón *light*. Descafeinado, de contornos imprecisos, relativizado y rebajado. Encaja con tantos otros personajes de nuestra historia antigua y reciente destinados a ocupar la galería de personajes ligeros, fútiles, que huyen de toda responsabilidad. De corazón volátil, etéreo, tornadizo y sutil.

♦ AL PERIODISTA DE LA PRENSA ROSA/MARRÓN

Reconozco, estimado periodista –es un decir lo de estimado–, que en ocasiones cedo a la tentación del *zapping*. No muchas, porque los momentos que paso sentado ante el aparato de televisión son más bien escasos. En tales circunstancias suelo escoger el menú sin esperar ofertas ajenas. Incluso diré que soy selectivo siguiendo la pauta de mis intereses.

Pues, en uno de esos deslices dedicados al *zapping*, asomé por la pantalla un panel de señores en torno a una mesa solemne, bien iluminada y con numerosas cámaras enfocando desde diversos ángulos. Supuse que estaban debatiendo algún tema crucial sobre nuestra sociedad. Las apariencias lo daban a entender. Pues las apariencias engañan, como bien debes saber tú que dedicas tus afanes a esta hermosa profesión. Hermosa en tanto no se la desflora.

Al cabo de unos segundos, caí en la cuenta de que el debate no versaba precisamente sobre economía, política



o espiritualidad. Los protagonistas eran personajillos de los que pululan por las revistas llamadas del corazón. Me preguntarás en torno a quién o a qué gravitaba el tema. Pues bien, los sesudos panelistas –hasta se diría que de gesticulación grave– investigaban si había tenido lugar el ayuntamiento de un individuo de la farándula con otro compinche.

Resultaban sorprendentes las fútiles argumentaciones con que defendían las respectivas hipótesis. Se enfadaban cuando otro les contradecía. Tal parecía que les herían en lo más hondo su dignidad personal. De vez en cuando un mini-reportaje relacionado con el tema imponía una pausa, a la vez que añadía más leña al fuego. Los participantes discutían, levantaban la voz, se formaba un guirigay que el moderador no

lograba atajar. Un observador ignorante del asunto de seguro supondría que se debatía algún tema de indudable enjundia.

Permíteme, amigo periodista, hacer algunas precisiones. Quizás no habría que referirse a la prensa rosa al tratar las cuestiones de parejas que se juntan y desjuntan, que hablan mal de sus rivales, que se ofrecen a los platós de TV para criticar, murmurar o testimoniar falsedades de vidas ajenas. El color y la palabra que emana del adjetivo me remiten –quizás sin razón– a cuentos de hadas, aves que cantan y vuelan entre nubes rosáceas.

Resultaría más apropiado hablar de prensa marrón, que fácilmente induce a pensar en montajes, rencores, envidias, calumnias y toda clase de elementos putrefactos. Sí, la prensa

UNA PALABRA SOBRE LA “POSMODERNIDAD”

Con el vocablo *postmodernidad* suele designarse el estado de desencanto en el que ha desembocado la modernidad y los valores que sustentaba. A saber, la fe en la ciencia, en el progreso, los beneficios de la técnica, las expectativas de un mundo mejor en el horizonte. La palabra define las características de la época por la que transitamos: provisional y fragmentaria, sin grandes euforias ni inquietudes. Una época en la que la historia parece haber llegado a su fin. Los intelectuales se refieren a ella como tiempos de razón débil, imposibilitada para discernir la verdad. En realidad, no existe

la verdad; en todo caso, se puede contabilizar “mi verdad” y “tu verdad”. La razón ha perdido su sentido y es inútil pedirle que construya sistemas duraderos. Mucho menos que dibuje utopías en el horizonte. La posmodernidad bien pudiera ser el sinónimo de “crisis de civilización”. No se avizora un futuro esperanzado; en consecuencia, hay que aprovechar el momento y no darle la espalda a ningún gozo o placer que quepa cazar al vuelo. El hombre y la mujer asentados en la posmodernidad son individuos que le dan la espalda a los grandes ideales. Simplemente, tie-

nen suficiente con alimentar su hedonismo y preocuparse por empujar un día tras otro. Piensan que la crisis ha tocado fondo. Los habitantes de la posmodernidad no quieren saber de ideologías, grandes relatos ni de futuros amaneceres. Lo suyo es lo fragmentario y provisional, la sonrisas escépticas y desencantadas. Ellos han optado por las historias cortas que no dejan huella. Ya están hartos de las grandes palabras, de las mentiras de las instituciones, de la hipocresía de los políticos, de las esperanzas rotas y las convicciones sólidas que, sin embargo, no se sostienen.

marrón remite a cavidades intestinales y emanaciones deletéreas.

Pues si de tales materias trata la prensa marrón, me preguntarás, por qué abundan los programas televisivos de esta calaña. Fácil respuesta: porque todo ser humano mantiene algún metafórico desagüe interior que requiere ponerse en funcionamiento. Y a fe que algunos no le dan descanso al sumidero. Abundan también porque muchas vidas vacías anhelan llenarse de otras vidas que se exhiben sin pudor.

Y, por supuesto, abundan tales programas porque engrosan las cuentas corrientes de la emisora, del director del panel, de los tertulianos, de los difamadores, de la víctima difamada en el banquillo, etc. Todo el mundo saca sus buenos beneficios.

La curiosidad, los rumores, los chismes y el chismorreos no son cosa de hoy. Acontecen desde tiempos inmemoriales. No necesitas que te lo explique, puesto que tú mismo los plasmas en blanco y negro en la contraportada del periódico. Acontecen en el pueblo, en la oficina, en la escuela, en el restaurante. Existe mucha gente nacida con el ADN del chismorreos.

Tiempos atrás, este proceder se personificaba en alguna típica mujer mayor del pueblo, que estaba al tanto de la vida de sus vecinos y de cuyas redes no escapaba ningún detalle de sus conductas. Luego desembuchaba a los oídos de quien quisiera escuchar el fruto de sus cuitas, a las que añadía comentarios de quienes no le hacían ascos al deporte de linchar al prójimo. La susodicha señora no desaprovechaba ocasión para asomarse a cualquier ventana, ni desaprovechaba canal alguno de información con el que pudiera contactar. Sabes de estos lances y no me extendiendo sobre el asunto.

Esta celestina fisgona y entrometida irradiaba incluso un cierto encanto folclórico, mientras no se excediera. También es verdad que, mirada la situación desde otro ángulo, más bien daba pena. Pero resulta que hoy día no es una mujer mayor la mirona que recoge datos para intercambiar con la vecina. Hoy el asunto ha tomado proporciones gigantescas. Un pelotón de periodistas –tú entre ellos– se dedican profesionalmente al poco honroso



oficio de meterse donde no les llaman. O quizás sí que les llaman... y entonces todavía es peor.

Como fuere, la situación ya no tiene el menor encanto. Más bien induce al vómito. Ya no es una vecina del pueblo la que figonea por la necesidad de llenar su vacío existencial mediante el chisme de vidas ajenas. Ahora tú te unes a las cámaras de TV, a otros periodistas, a los banqueros, a las casas comerciales mediante la propaganda, con la finalidad de perseguir los chismes, devaneos y amoríos de los llamados famosos.

El espectador acaba interesándose por el divorcio de la señora X y la infidelidad de su cuñado. Participará en la encuesta que solicita opinión acerca de si unos inquilinos de revistas satinadas llegaron a la intimidad sexual o no. Incluso discutirá con su vecina acerca del comportamiento del duque N. o del nuevo rico NN.

Con todo lo cual se pone en marcha un torrente de verborrea insustancial, insípida y trivial. Nos hallamos en plena vacuidad existencial. Los protagonistas de tales lances merecen, sin duda, formar parte de la galería de gentes sin valores, frívolos, baladíes, hueros e insustanciales.

➤ AL FAMOSO Y SUS CÓMPLICES

Lo siento por ti, aspirante a famoso, pero algún día surgirán grupos de ciudadanos y se erigirán asociaciones con el fin de terminar con una plaga humillante: la de los que no tienen otra carrera que la de ejercer de famosos. Ellos viven desempeñando el rol de triunfadores. Aparecen en las revistas del corazón, venden derechos de bodas y organizan fiestas de sociedad, arman escándalos y hasta se dedican a hacer obras de beneficencia.

Reconoce por un momento que, para ti, todo vale con tal de salir en los medios. Nadie sabe en qué consisten tus cualidades ni en qué beneficias a la sociedad, pero tal parece que tu mera existencia te da derecho a exigir aplausos y honores. Reconócelo, es así.

El caso es que existen programas de radio y televisión para alimentar chismes en torno a ti y tus compinches. Se emborronan cantidades asombrosas de páginas con el fin de rastrear dimes

y diretes acerca de las parejas de turno. Urge una reacción. Nos hallamos frente a un síntoma obvio de degeneración social. Preciso es aislarte, junto con todos los que pretenden o juegan a ser famosos. Hay que aislarlos y no permitir que se aireen vuestras miserias. Habría que disponer de un cordón sanitario a fin de impedir el contagio a vuestros conciudadanos.

Tú y los de tu cuadrilla sois individuos intrascendentes que vivís de todo lo que es innecesario para la sociedad: fiestas, chismes, exclusivas en derechos de prensa... Sois parásitos que, para mayor incongruencia, os creéis imprescindibles. La lástima es que tenéis muchos cómplices: todos los curiosos, porque la curiosidad es justamente el humus del que te alimentas y te permite sobrevivir. Todos quienes sintonizan y se interesan en medios de prensa por los amores y desamores, agravios y penas, alegrías y sinsabores de personajillos como tú, se hacen cómplices.

Los que se peinan como la diva o se acicalan como el galán de moda, los que se dejan influir por la decoración del cuarto de baño de la cantante X colaboran para que el virus de esta epidemia tome más carrerilla. Los que compran la entrevista de la última señorita que desfiló por la pasarela tratando de descubrir el secreto de su silueta, están colaborando para que la saga de los famosos permanezca en el centro de atención e infecte el entorno.

El fenómeno del auge de los famosos es de difícil explicación racional. ¿Es posible que miles de seres humanos no tengan otra cosa más digna en su agenda que devorar páginas y páginas sobre el color de los sombreros de los invitados a una boda? ¿Qué tremendo impacto pueden suponer en la vida de un ciudadano común los amoríos de una famosa?

Tal vez ha llegado el momento de plantear todo este asunto como una cuestión de vergüenza colectiva. Tú y los tuyos nos invadís a marchas

forzadas. Uno prende la televisión y allí estás, arropado en el sillón, ante los focos y ansiando las miradas de la audiencia. Uno desliza el dial de la radio y algún periodista malgasta su tiempo indagando acerca de los proyectos de boda de una modelo. El ciudadano abre el periódico y de seguro aparecen las habituales señoras exhibiendo sus escotes y collares. Exigen y reclaman su ración de publicidad.

O reaccionamos a tiempo, aprendiz de famoso, optando por una actitud beligerante desde todos los ángulos posibles, o nuestra sociedad se precipitará hacia el abismo de la frivolidad. Resulta intolerable que interese más la boda de una modelo – operada recientemente para disminuir sus lípidos – que los aportes de la ciencia, de la literatura, de la ecología, etc. No se entiende que personajillos sin trabajo ni profesión precisa acaparen las portadas de los medios de comunicación.

Aunque hay algo más triste: personas –se diría serias– que, en principio, tienen algo que decir y aportar a la sociedad, quieran seguir los pasos de los famosas. Hay políticos que no desdeñan entrevistas frívolas ni galantes fiestas de sociedad. Personas de indudable valía intelectual sienten el cosquilleo del mundillo de la farándula.

Todavía me duele más, amigo pretendiente a famoso, que incluso algún personaje de Iglesia nos sorprenda en ocasiones asomando por el telediario con una copa entre manos, con vestimentas tirando a escarlata, rodeado de señoras repletas de collares. Se trate de recepciones, almuerzos de trabajo o visitas de cortesía, ya es casualidad que a los organizadores no les pase por alto llamar al fotógrafo.

Deja que me desahogue y te diga que el personaje que vive a costa de su mal ganada fama, y de la estupidez de sus admiradores, alberga en su interior un corazón frívolo, huero, insustancial. Casi se le ha esfumado, de tan fútil e intrascendente. Acabará en la galería de personajes de la misma calaña.

